

pósito común de donde cada cual toma lo que le parece, nada puede dejar especialmente el padre al hijo porque esto traería de nuevo las diferencias de riqueza que se trata de suprimir; pero es igualmente claro que si así suceden las cosas, si nada puede dejar especialmente el padre al hijo, no se afanará en el trabajo, no se preocupará del porvenir del hijo, morirá después de haber vivido en la más completa ociosidad, seguro de que la Comuna es una madre, como dice un afiliado de nuestros días, en cuyo inmenso regazo caben holgadamente todos los desheredados y todos los pobres. Son, pues, los hijos, el amor que el padre les tiene, la perspectiva de su futura vida, lo que engendra en él la virtud del trabajo, lo que le mueve y anima en los sufrimientos que el trabajo importa.

Lo que digo de la virtud del trabajo, dígoelo también de las demás que constituyen al buen ciudadano, a cuyas influencias deben las sociedades no ser desquiciadas ni aun en épocas calamitosas y luctuosísimas, que parecían mortales para ellas. Nada decide al hombre más a obrar bien, nada lo aparta con mayor eficacia del camino de los vicios, nada forma mejor esos buenos hábitos cuyo conjunto constituye la belleza de las sociedades moralizadas y cultas, como la conciencia de que pesan sobre él las obligaciones del buen ejemplo respecto a las personas que le están unidas, ya por los lazos de la amistad, ya por los del parentesco, y sobre las cuales tiene, ya el derecho del mandato, ya el del simple consejo. El respeto de la ley por lo que ella importa en sí misma, el temor de la pena que muy poco significa para corazones de cierto temple, y nada frecuentemente ante la exaltación de las pasiones, influyen menos, sin duda, en la moralidad de un hombre, que el sentimiento del deber hacia aquellos seres que son el objeto de su cariño, con

quienes vive en constante comunicación, en continuo cambio de afectos y de impresiones de todo género, de cuyos actos tal vez tiene que responder cuando menos ante la propia conciencia, porque él será las más veces su causa determinante, el motivo que los haya hecho nacer.

Ahora bien, esto que es verdad tratándose de personas extrañas, hacia las cuales no puede sentir el hombre sino un cariño precario, nunca tan grande ni tan intenso, que no ceda a las mil vicisitudes de que está llena la vida, tiene que serlo, con mayoría de razón, cuando se trata de seres que son pedazos de nuestro propio corazón, con quienes nos ligan lazos inquebrantables, tanto más fuertes, cuanto más ajenos al frágil y engañoso interés, en cuya frente vemos lucir nuestra propia alma, que no tienen más guía que nosotros, que caerán en los abismos del crimen, si la voz que primero escucharon sus oídos, no les advierte del peligro; de cuyos actos, en fin, sin excepción alguna, tienen que dar cuenta los padres; primero ante la sociedad, después ante el Juez severo de los cielos, que al permitirles el augusto carácter de padres, les impuso las más sagradas de todas las obligaciones.

Y no hay duda, señores, de que fundadas ellas, no sólo en la justicia, sino en el afecto más puro, en un amor con ninguno comparable, serán puntualmente cumplidas las más veces, y sólo el sentimiento de que existen, contribuirá en gran parte a que la sociedad se conserve, pudiendo resistir con la pujanza necesaria, cuando se escrespen las pasiones y se desborden, como un torrente, la anarquía y el desorden.

Si de las virtudes privadas del hombre pasamos al Estado, siguiendo a la familia en todas sus influencias y aplicaciones, nos encontraremos con la misma verdad: que de ella depende todo, aún la ciencia de la po-

lítica. El Estado, señores, en la significación que en el derecho público tiene esta palabra, sean cuáles fueren las formas más ó menos variables de que se halla revestido, sea cuál fuere la manera con que la autoridad pública se distribuya; en su esencia, en sus principios intrínsecos y constitutivos se ha modelado según ese tipo primitivo, conforme á ese modelo que, calcado en la naturaleza misma, es, por explicarme así, la forma de gobierno más perfecta, más acabada, más á propósito para conducir al hombre en la vida y lograr la felicidad común. Los partidarios de la monarquía sostienen que su sistema político es el mejor, porque es el que más se parece á la institución de la familia, sobre la cual la han modelado las primitivas sociedades, de la cual se aparta menos que los demás sistemas de gobierno, inspirados por los cambios contingentes de la humanidad y nacidos muy posteriormente á la creación de las primeras nacionalidades. Yo no soy de esa opinión, ni menos lo sería en nuestra Patria, que tiene, al parecer, los instintos de la libertad más absoluta, ni en medio de una generación enardecida por los recuerdos de las luchas en pró de la República. Sabeis que nada hay más relativo á las cambiantes circunstancias de cada pueblo, que las formas de gobierno. Pero sea de esto lo que fuere, los tres términos indispensables del Estado, sus tres elementos primordiales, soberanía, manera de ejercerla, súbditos sobre los cuales se ejerza, se encuentran necesariamente en todos los sistemas racionales de gobierno; sean cuáles sean las combinaciones de forma, sea cual fuere la cooparticipación que con el Jefe supremo tengan los súbditos en el ejercicio de la soberanía. Esos tres términos, señores, sin los cuales no se concibe el Estado, cuya confusión es la anarquía social, se encuentran en toda su pureza, en su más sublime representación, en la institución de la familia,

en la cual el padre es el depositario de la soberanía, la madre el Ministerio que la ejerce, los hijos las personas sobre las cuales se ejerce. Y puede decirse, y se ha dicho, que mientras más un gobierno se apartare en sus actos, en las leyes que expide, en la libertad que otorga, en las taxativas ó restricciones que impone á sus súbditos, de ese tipo primitivo del padre cuyos atributos principales son el amor, la previsión, la economía y la prudencia; mientras más los súbditos se separan en el ejercicio de sus facultades, en la demanda de derechos, en el cumplimiento de sus obligaciones sociales, de ese tipo primordial de los hijos, cuyas cualidades principales deben ser el amor, la obediencia y el respeto, mayores serán los obstáculos con que tenga que luchar la sociedad en sus progresos, y mayores las dificultades que tenga que vencer la civilización para implantarse en determinado pueblo.

Ved, pues, señores, en estos grandes rasgos que os he trazado, cómo la familia que, según el sentir de la religión del placer, si puedo expresarme así, es sólo una institución para tener hijos, un grosero contacto de dos cuerpos y, según el Catolicismo, la unión de las almas, semejante á la unión de Jesucristo con la Iglesia, uno de los más importantes Sacramentos según San Pablo; á pesar de su aparente sencillez, comprende grandes cosas que, á primera vista, parecían extrañas á ella; es la fuente más abundante de todas las perfecciones que ennoblecen al hombre, y explica satisfactoriamente todas las instituciones, que son el alma de la civilización de los pueblos.

No sin razón ni propósito señores, me he permitido estas digresiones que son inevitables al ocuparme del divorcio, porque afectando él, como no puede negarse, á la familia en su esencia, no debe ser examinado sino desde los diferentes puntos de vista que os pre-

sento, á la luz de todas las consideraciones á que da lugar el orden social en sus más amplias y varias aplicaciones.

Por no hacerlo así, por no haberlo hecho así, todos los que en estos últimos tiempos han examinado esta cuestión, hánse visto arrastrados á errores sin número y á funestas resoluciones. El que se ocupe de estudiar la familia, no debe aislarse, por decirlo así, en la contemplación de los intereses privados, desatendiendo el grande interés social y entregándose solamente á escogitar el remedio para las desgracias de éste ó aquel hombre. Nadie podrá negar que son muy sensibles y muy dignas de toda atención las desgracias individuales; pero tratándose del interés social, son muy inferiores á él, y á él debe solamente proponerse por ideal de sus actos el Legislador.

Además, señores, estad seguros de que un remedio social, verdaderamente fundado en las necesidades y conveniencias del mayor número de hombres, resulta casi siempre siendo un remedio eficaz para todos y cada uno de los individuos.

Abandonémonos, pues, nosotros el camino trillado de las lamentaciones, y sin dejarnos fascinar ni conmover por los cuadros lastimeros que aquí y allá se ofrecen á nuestra vista en el mundo, por los quejidos amargos que se exhalan de ciertos hogares infelices; abordemos de frente la cuestión que se debate y considerémosla muy poco ó nada en el interés casi siempre peligroso de los individuos que la promueven, para mirarla desde puntos de vista más altos, colocándonos en la elevada cima desde donde se domina el vasto campo de la sociedad, y se contempla, lejos de la ola de las pasiones, el grande y verdadero interés de los pueblos.

Yo establezco desde luego mi opinión: el divor-

cio, desde el punto de vista de las relaciones de los esposos entre sí, de los hijos y de la sociedad, me parece inmoral, impolítico, subversivo de la familia, remedio ilusorio, y más bien pábulo peligroso para los males que se trata de corregir, sobre todo, en medio de nuestra ardiente raza y de nuestras costumbres demasiado dadas á la licencia y al libertinaje.

¿En nombre de qué interés, en nombre de qué principios tratase de establecer la disolubilidad del matrimonio? ¿Ante la contemplación de qué desgracias sostiénese que la *separación de cuerpo* es insuficiente y se necesita un remedio más enérgico, más decisivo, más eficaz para corregirlas?

Si no hubiera matrimonios infelices, se ha dicho; si el voto de perpetuidad que mutuamente se prestan los esposos, fuera puntualmente cumplido; si el amor que en un principio los unió, no se convirtiera algunas veces en odio encarnizado que da lugar á resentimientos sin término, á larga serie de ofensas mutuas, á escándalos que á la sociedad perturban y dan mal ejemplo á los hijos; si la *separación de cuerpo* que es un remedio raquítico para curar todos estos males, porque manteniendo entre los esposos este fondo de amargos resentimientos, no hace sino avivarlos y recrudecerlos con la prohibición de un nuevo matrimonio, que sería quizás más feliz que el primero y restañaría las llagas de dos corazones profundamente lacerados; si la *separación*, añeden, fuera otra cosa que un recurso hipócrita que, apartando á los esposos de la vida conyugal, los sujeta, sin embargo, á obligaciones que ellos detestan; mientras que el divorcio reconoce la realidad de las cosas y no hace sino romper por medio de la sanción legal un lazo que está ya roto, nadie pensaría en establecer aquél sustituyéndolo á la simple *separación*, como nadie piensa en un re-

medio sino cuando la enfermedad aparece, como no se discurre una ley penal sino cuando hay crimen que castigar; porque es preciso corresponder á una necesidad social, y la *separación* finge remediar el mal que se señala, pero, en realidad, lo mantiene, y algunas veces lo exacerba. Se cita á Montaigne, que dijo: "Hemos pensado hacer más firme el nudo de nuestros matrimonios quitándoles todos los medios de disolverse; pero se ha hecho despreciable y se ha relajado el nudo de la voluntad y del afecto, tanto cuanto el de la coacción se ha estrechado."

Es, pues, señores, en nombre de los matrimonios desgraciados, de las uniones mal avenidas á causa de las veleidades del hombre y la mujer, como se habla por los partidarios del divorcio. ¡Donosa ley, señores, la que se diese en nuestros días solamente por la influencia de los intereses privados, descuidando, sacrificando más bien el interés social.

Yo no desconozco, señores, la importancia de las consideraciones de que se hace mérito: ellas me producen hondísima impresión y obligan á mi espíritu á serias meditaciones sobre el dolor del esposo engañado en sus esperanzas é ilusiones, sobre la desolación de la joven que ha sentido desgajarse su alma con el abandono del hombre que le había jurado, entre idilios tiernos é inolvidables, amor y fidelidad eternos. ¿Pero cómo no ver detrás de todas esas lamentaciones, si no en las personas que de toda buena fe las presentan, si, en la mayoría de los hombres que prácticamente pueden tomarlas como un pretexto, grave peligro, amenaza formidable para la institución de la familia? ¿Cómo no sorprender al través de esas lágrimas y de ese tono elegiaco y lastimero que tanto conmueve y apenas, la sarcástica y repugnante carcajada del vicio, que espera hipócritamente la primera palabra de con-

descendencia para burlarse en seguida de todas las ternuras, y faltar con sin igual cinismo á todos los respetos y á todas las dignidades? No hay que dudarlo, señores, las lamentaciones que se invocan, con la excepción que con toda justicia he hecho antes, son el lenguaje disfrazado, la blanca túnica hipócrita y falaz con que se enmascara la repugnante lujuria que, avergonzada de su propia fealdad, no osa aparecer con sus harapos acostumbrados, la mirada vaga y sin brillo, la mejilla hundida, el cabello descompuesto, la espuma de la fiebre en los abiertos labios, y las arrugas de la precoz vejez sobre la frente. (Aplausos).

*La separación de cuerpo* no será un medio perfecto, como no lo es nada de lo que discurre el hombre; pero, ¿presenta tantos inconvenientes, da lugar á desgracias tan trascendentales en virtud de esa misma veleidad de las pasiones que se invoca, y que hace los malos matrimonios, como el divorcio que se pretende defender por ella? ¡Ah! Señores, hay dos sistemas para corregir la traslimitación de las pasiones: el sistema de la concesión, de la condescendencia, de la transacción, y el sistema de la represión absoluta, del *hasta aquí* infranqueable. La historia de estos dos sistemas, puede decirse que es la historia de todos los pueblos, de sus elevaciones y caídas, de sus progresos y de sus ruinas.

Cuando una pasión aparece invadiendo el orden establecido, determinando un mal en la sociedad, atentando á derechos reconocidos, otorgadle la menor concesión, abridle ligeramente la puerta del recinto en que está sujeta, fundándoos en que es un mal, un sufrimiento acerbo al que es preciso conceder alguna expansión, algún consuelo, y al punto vereis cómo, salvando todos los diques, despreciando todas las barreras, reclamando cada día mayores derechos y más

ancho campo para desplegar su influencia, acaba por derramarse como una inundación, por invadirlo todo, por derribar aun los más firmes obstáculos, llenando de consternación y ruina todos los lugares adondequiera lleguen sus hirvientes ondas. En cambio, cuando la pasión aparece, cuando apenas es posible, si ella amenaza al derecho y á la justicia, ponédle diques formidables, sujetadla dentro de muros de bronce, no le otorgueis la más pequeña consideración, no os dejéis mover ni por sus insinuaciones de tristeza y de dolor, responded á su reclamo, que es imposible lo que pretende, presentadle la imá en de la muerte como el único término de su desesperación, y al punto también vereis que, así como las encrespadas olas se serenán y van mansamente á murmurar en el dique que las contiene y sujeta, la pasión se relaja, pierde sus bríos, cede en sus exageradas demandas, deja de atornar los aires con sus gritos, depone su altivez y su osadía, acabando, ella que amenazaba ahogarse en la desesperación y en la muerte, por proclamar ella misma la justicia y el derecho y besar la cadena que le ha impedido moverse (aplausos). Montesquieu, partidario del divorcio, da la mejor prueba, sin embargo, de la conformidad del matrimonio indisoluble con la naturaleza humana, cuando cita ciertos cenobitas del Oriente, sepultados en el fondo de ásperas é ingratas selvas, cubiertos de tosco y rudo sayal, con sólo unos cuantos momentos de que disponer para el descanso, dedicados todo lo más del día á la penitencia, á la maceración, seres muertos en la vida, que eran tanto más apegados á sus reglas cuánto ellas eran más desesperantes y más duras. Este es el hombre, señores; esta es su naturaleza cual ha sido siempre y cual será hasta el ocaso de los tiempos.

Cualquier sistema que lo considere de otro modo,

no hará sino contribuir á su pérdida, y después de haber arrastrado en pos de sí muchos prosélitos, porque los tienen siempre en gran número todas las doctrinas que halagan las pasiones y se plegan dóciles y cobardes á sus veleidades y flaquezas; cuando ya considere seguro su triunfo y definitivo su reinado, no encontrará sino las ruinas humeantes, las últimas pavesas de la sociedad destruida. (Aplausos).

Ahora bien, señores, ninguna pasión tan ardiente, ninguna tan susceptible de encenderse al primer choque y desafiar los obstáculos que á su satisfacción se opongan, faltando á todos los respetos y arrostrando todos los peligros, como la pasión sublime del amor que, sencilla en su origen y teñida de bellísima poesía, atravesando al principio como un tibio rayo de luz á los misterios y las lobreguezes de nuestra alma, haría siempre la felicidad de nuestra vida y cubriría siempre de arrebolados matices el cielo de nuestra existencia, si al recibir el aliento impuro de la sensualidad, no se sintiera empujada hacia todos los desórdenes y no hundiera en el fango todos nuestros sentimientos, llenando de inquietudes horribles nuestro espíritu, y convirtiéndose en el ponzoñoso aguijón de todos los vicios.

Esta pasión es la que forma el matrimonio, la que lo funda y mantiene para que la sociedad se conserve. El Catolicismo, que es sin duda alguna la única religión que ha conocido verdaderamente al hombre, ha sujetado á la pasión del amor en el matrimonio indisoluble con cadenas firmísimas que sólo la muerte puede romper, y vedla en la historia, al través de las épocas más aciagas y luctuosas, desde la invasión de los Bárbaros, que traían el fuego de su ardiente y vigorosa sangre, y que habrían dado mayor auge y pujanza á las disolutas costumbres de la Roma im-

perial, á no haberlos detenido la palabra divina del Evangelio, hasta nuestros días, más cultos que aquellos, pero igualmente manchados y de mayor peligro; vedla, digo, esa pasión del amor así tratada por el Catolicismo, formar esa larga serie, ese número incalculable de matrimonios felices, durmiéndose blandamente bajo el honrado techo de las innumerables gentes del pueblo, y realizando, agena á las inquietudes brutales y á los torpes deseos, ese sencillo idilio del hogar que embellecen las flores de los campos, los trinos de los pájaros y los murmullos del arroyo. (Aplausos).

No lo dice solamente quien al Catolicismo venera, quien á santo orgullo, si orgullo cabe en esto, tiene contarse en sus filas, sino el célebre Stuart Mill, filósofo muy conocido para la mayoría de vosotros, que pretendiendo dar una nueva dirección al pensamiento aun en asuntos que son á la razón superiores, le ha cortado las alas para subir al infinito y lo ha condenado, cual nuevo Prometeo, á vivir atado á la áspera roca de esta vida, roído su espíritu por las mordeduras del desengaño y de la duda. “¿Qué esperar mejor, dice Stuart Mill en su libro de la “Sumisión de las “mujeres,” que la forma actual de la unión conyugal? “Nosotros sabemos que las malas inclinaciones de la “naturaleza humana no permanecen en sus límites si “no cuando no les es permitido darse vuelo.”

¿Y qué otra cosa es el divorcio, señores, sean cuales fueren las condiciones á que se le sujete, siempre fáciles y siempre posibles; sean cuales fueren los motivos por los que solamente pueda otorgarse, siempre asequibles, sobre todo para personas de elevada posición social; ¿qué otra cosa es el divorcio sino una peligrosísima condescendencia, una puerta que abre la ley para tentar con la perspectiva embriagadora del placer, para convidar al banquete de todas las orgías,

á esa pasión del amor, á ese instinto de la sensualidad, que no necesitan sino del más ligero incentivo para desbordarse y caer en las funestas locuras de todos los vicios? Si ahora, cuando el matrimonio es indisoluble, hay algunos, muchos, muchísimos, si quereis, matrimonios gangrenados por el vicio, donde ya no existe la fidelidad prometida, mayores en número serían, infinitamente mayores los que surgieran cuando la sanción legal los cubriese, cuando lejos de temer las penas que hoy se infligen á los esposos que no cumplen sus obligaciones, contaran con la ley bondadosa del divorcio, esa ley cómplice, que apoya todas las veleidades y todas las flaquezas de que adolece la humanidad. No hay duda, señores, el divorcio haría malos aun los matrimonios buenos, porque daría auge y alientos al libertinaje, corrompiendo y desnaturalizando las costumbres. ¿Qué sucedió en Francia en el período revolucionario de los últimos años del siglo pasado? La estadística nos asombra con las enormes cifras de los divorcios verificados entonces. El número de ellos era incomparablemente mayor que el de matrimonios. El respetable Sr. Monroy decía esto en la sesión pasada, refiriéndose solamente á los años de 1792 á 1795. El Sr. Monroy tenía completísima razón: el divorcio es un cebo peligrosísimo que atrae sobre la sociedad la plaga de todos los vicios, y con la plaga de todos los vicios la muerte de la familia. El Sr. Casasús, tratando de desagraviar al divorcio del cargo que se le hace, de ser propenso é inclinadísimo á aumentarse y propagarse cada vez más, decía contestando al Sr. Monroy, que sus citas estadísticas nada significaban en contra de la saludable ley del divorcio, porque aparte de ser época de agitaciones y desórdenes aquella á que las citas eran relativas, durante la cual las gentes en número considerable huían de las